



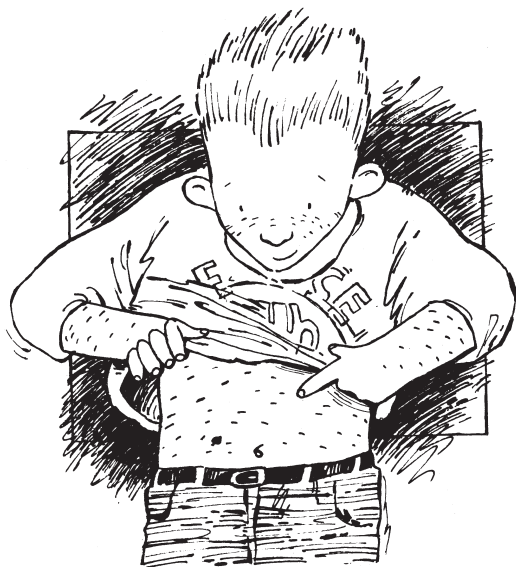
Filo entra en acción

Capítulo 1

... en el que todavía no se pone en marcha la acción, sino que solamente se presenta a sus principales protagonistas.

Otli tenía el pelo corto y erizado, color zanahoria, y las orejas grandes como abanicos. Era delgado y alto, con la piel llena de pecas. Pero éstas no eran los graciosos puntitos que con frecuencia se ven tan bien en las narices respingonas de las chicas. Otli tenía todo el cuerpo blanco y café como un perro fox-terrier; como si se hubiese puesto cerca de un pintor que pulverizase de café una pared blanca. Dos de sus manchas causaban verdadero asombro. Una en la mejilla izquierda que parecía África, hasta con El Cairo y el cabo de Buena Esperanza. Otra junto al ombligo, a la derecha, del tamaño de la uña del pulgar, en forma de corazón y con un pequeño tallo arriba, en el centro. Igual que el as de picas de la baraja francesa.

Por eso todos en la clase le llamaban *el Picas* (sólo Thomas Huber le apodaba *Camello*, porque Otli tenía unas piernas terriblemente delgadas y unas rodillas enormes. Pero Thomas Huber no contaba; Otli y él estaban por entonces enemistados).



Michael era también muy alto y muy delgado, pero con toda la piel de un solo color, café claro, como café con leche. El abuelo de Michael había sido un negro auténtico, un soldado americano de los que ocuparon Alemania. Por eso la madre de Michael era medio negra; mucha gente los llamaba mulatos. Y Michael era un «cuartonegro», o un mulato de segundo grado, como otros dicen.

Michael tenía el pelo negro crespo y los ojos café oscuro con pestañas largas y espesas. Todas las chicas estaban de acuerdo en que era una auténtica belleza. Además, Michael iba casi siempre vestido como para ir a la ópera: camisa blanca, humita, chaqueta azul con un pañuelo en el bolsillo y raya impecable en los pantalones

grises. A veces iba más deportivo. Llevaba entonces una chaqueta de gamuza, tan fina y delicada que nadie se atrevía a tocarla por miedo a que los dedos sucios dejaran manchas en la radiante piel de gacela. Había que añadir a esto que Michael siempre hablaba con perfecta corrección. La profesora de lengua lo ponía siempre como «ejemplo de correcto idioma familiar». Y era verdad. Hasta cuando decía «mierda», que era con frecuencia, sonaba muy elegante. En clase Michael era siempre el Sir (ni siquiera Thomas Huber era una excepción en esto).

Daniel era bajito y gordo, rubio y colorado. Era gordo, pero nadie le había visto nunca comer demasiado. Y estaba colorado a pesar de que él voluntariamente nunca salía al aire libre. Sacaba las mejores notas de la clase, aunque nadie podía decir que estudiase mucho o que pusiera atención al profesor más de lo corriente. La mayoría de las veces estaba reclinado sobre la mesa con los ojos medio cerrados y chupeteándose el pulgar. Daba la impresión de que estaba a punto de dormirse. Así lo creían los profesores.

«Despierta, Daniel», le decían amistosamente, pues los profesores casi siempre hablan amistosamente a los mejores de la clase.

A estos requerimientos, Daniel sacaba el pulgar de la boca y murmuraba: «Yo no duermo; ¡pienso!».

Sobre qué cosas pensaba, Daniel mantenía el secreto. Si alguien le preguntaba, daba respuestas evasivas.

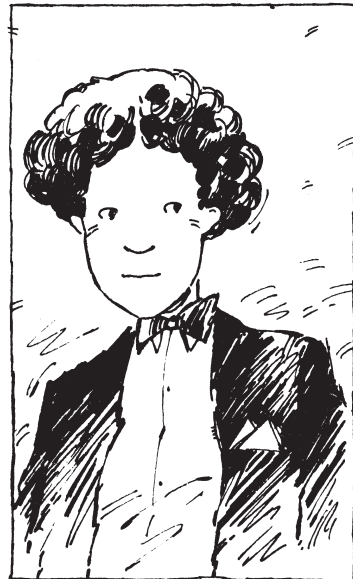
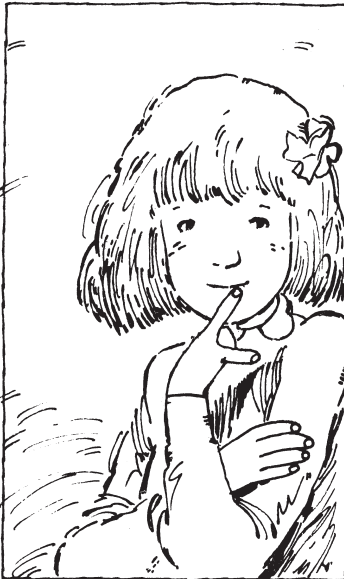
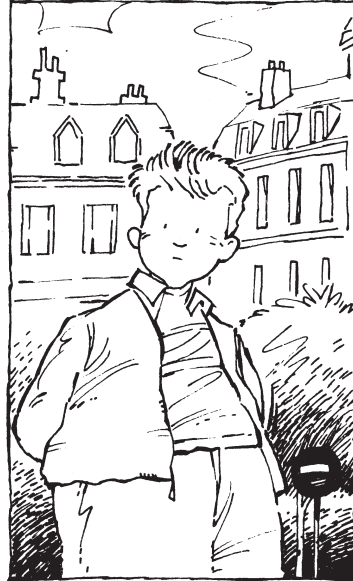
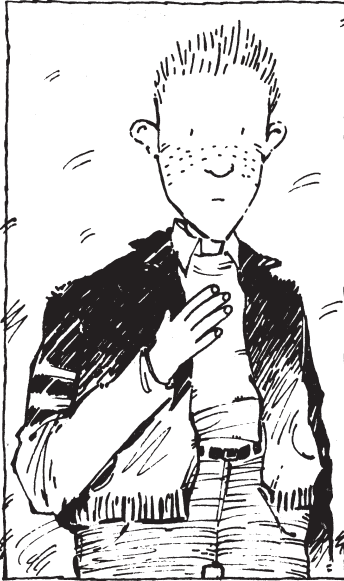
«Pienso así, en todo», decía. O también: «Dejo mis pensamientos a su aire y saltan de acá para allá, y yo los sigo».

Daniel, en clase, era el filósofo: *el Filo*.

El Filo, el Sir y el Picas eran amigos. Viejos amigos. Ya habían estado juntos en el jardín infantil y también en la escuela básica. Y ahora se encontraban de nuevo en la misma clase. El Sir junto al Picas, y en la fila de delante, el Filo.

De alguna forma, también Lilibeth era del grupo: había ido al mismo jardín infantil y a la misma escuela básica. Esto le permitía sentarse junto al Filo y obtener buenas notas, pues le copiaba. Y si no podía copiar, como en matemáticas, porque para los ejercicios había un grupo A y otro B, y el Filo estaba en el A y Lilibeth en el B, entonces el Filo le resolvía los problemas en papelitos que luego le pasaba. En los ejercicios, al Filo le daba tiempo de sobra para estas cosas. A los veinte minutos ya había terminado siempre lo suyo.

Pero Lilibeth, a pesar de todo, no podía ser una auténtica amiga para el Filo, el Picas y el Sir. Tenía un tremendo inconveniente: ¡no la dejaban hacer nada! Siempre debía ir a casa corriendo al terminar el colegio, por el camino más corto. «¡Se tardan diez minutos desde el colegio hasta aquí!», aseguraba su madre. Tenía el tiempo medido. Si Lilibeth llegaba a casa quince minutos después de la hora de terminar las clases, ya estaba



su madre afligida. Y si eran veinte minutos, se la encontraba en la puerta rezongando y lamentándose. Es mejor no pensar qué hubiera ocurrido si alguna vez se hubiera retrasado media hora.

«Probablemente llamaría a la policía —decía Lilibeth—, si es que antes no le ha dado un infarto.»

La madre de Lilibeth no era mala, sólo terriblemente miedosa. Estaba siempre con la preocupación de que a Lilibeth la atropellase un bus o de que terminara bajo las ruedas de un auto. Más miedo aún tenía de los asesinos sexuales y de los violadores. Si los periódicos hablaban de perversiones o violaciones —cosa que ocurría con frecuencia—, la obligaba, «por lo que más quisiera», a no tardar más de ocho minutos en volver de la escuela. «Lilibeth, querida, si no, me muero de angustia.»

Lilibeth tampoco podía salir sola por las tardes, y en invierno, cuando ya había oscurecido al terminar la gimnasia, su madre iba a recogerla al colegio. La madre también aparecía en la puerta de la escuela al acabar el coro. Y si Lilibeth iba a nadar, su madre la esperaba leyendo un periódico en el pabellón de la piscina. Y si Lilibeth iba a patinar sobre hielo, la madre estaba allí vigilando desde la tribuna.

A una chica tan protegida como Lilibeth es para tenerle lástima, aunque también se la pueda querer, pensaban el Filo, el Picas y el Sir. Pero estaban de acuerdo en que para una «verdadera» amistad una chica como

Lilibeth no valía, pues para una «verdadera» amistad hay que invertir el tiempo libre, del que Lilibeth no disponía. Thomas Huber sí que hubiese entablado, a pesar de todo, una «verdadera» amistad con Lilibeth. Se había enamorado de ella el primer día de clase, justo en la puerta de entrada. Thomas Huber hubiese aceptado incluso pasar tarde tras tarde metido en casa de Lilibeth, jugar con ella al dominó o a las cartas y dejarse empachar de pasteles por su madre, a pesar de que no le gustaban el dominó, ni las cartas ni los pasteles. ¡Tanto quería a Lilibeth! Pero ella no correspondía a este afecto. ¡Quien fuese enemigo del Sir, el Picas y el Filo, también lo era suyo! ¡Ya podía Thomas Huber mandarle cartas llenas de reverencia y adoración! ¡Tantas como quisiera!